

BEATO CIPRIANO MIGUEL IWENE TANSI (1903-1964)

El beato Cipriano Miguel Iwene Tansi, primer beato de Nigeria, nació en un poblado de Aguleri, en la diócesis de Onitsha (Nigeria), en 1903. Unos años antes de su nacimiento, en 1890, los misioneros católicos alsacianos llevaron allí el primer anuncio de la fe, aunque poco después serían reemplazados por los irlandeses de la Congregación del Espíritu Santo.

Sus padres, campesinos, eran practicantes paganos de la «religión tradicional» de los igbo. En 1909, con apenas seis años, el pequeño Cipriano fue enviado por sus padres a la capital de Aguleri: allí, en el poblado cristiano denominado Nduka, vivió en la casa de una tía materna cuyo hijo, Robert Orekie, cristiano, ejercía como maestro en la escuela de la misión. A la edad de nueve años, fue bautizado y recibió el nombre de Miguel. Sus contemporáneos lo describen como un estudiante trabajador y muy exigente consigo mismo, que tenía una fuerte influencia sobre sus compañeros, quienes estaban fascinados por su fuerte y decidida personalidad, tanto humana como religiosa, y de su profunda piedad.

En 1913 se mudó a Onitsha, donde se matriculó en la escuela primaria de la santísima Trinidad y en 1919 obtuvo el diploma que le facultaba para la enseñanza. En 1924 asumió el cargo de director de la escuela de san José. Entonces sintió la llamada de Dios a la vida sacerdotal, y en 1925, con 22 años, venciendo resueltamente la oposición de los miembros de su familia, ingresó al recién inaugurado seminario de san Pablo, en Igbariam, siendo la primera vocación indígena de la zona. Siempre inspiró muchísima confianza en sus superiores. Por eso en 1932 le encomendaron la gestión del economato del *Training College*. El 19 de diciembre de 1937 fue ordenado sacerdote por el obispo misionero Mons. Charles Heerey, C.S.Sp., en la catedral de Onitsha.

En los primeros 12 años de sacerdocio demostró unas dotes excepcionales, confirmadas por muchísimas personas que fueron testigos de su celo y su completo abandono en las manos de Dios. El primer encargo de Cipriano Miguel fue en la parroquia de Nnewi. Elizabeth Isichei, en su precioso libro *Totalmente per Dio. La vita di Michael Iwene Tansi*, resume sus principales líneas pastorales: «Ascetismo personal, gran capacidad de compromiso y resistencia física, bondad hacia los enfermos y los pobres, preocupación por la santidad del matrimonio y la formación espiritual de las mujeres, carisma personal».

En 1940 logró valientemente disipar un mito supersticioso sobre la tierra entregada a los misioneros, definida como «bosque maldito». Se decía que cualquiera que entrara moriría o contraería alguna terrible enfermedad. Lo primero que hizo el padre Cipriano Miguel fue recorrerla rociándola con agua bendita; cuando salió indemne, la gente se animó y taló el bosque. El siguiente paso fue construir una iglesia y una escuela, una rectoría y algunas casas de acogida; eran edificios muy pobres, pero él mismo trabajó allí, haciendo una demostración concreta de ser un trabajador infatigable. Al ver a un sacerdote trabajando tan duro, muchos se decidieron a ayudarlo y su ejemplo animó a la creación de empresas similares de construcción en toda la región.

En cuanto a las mujeres, se preocupó por su dignidad y la defensa de la virginidad. A este propósito en sus parroquias había organizado casas donde recibía a las jóvenes para prepararlas al matrimonio y para evitar que vivieran con su futuro esposo antes de la boda. «La Legión de María», establecida por él, lo ayudaba en cada pueblo de la parroquia, informándole de los enfermos que querían ser bautizados, promoviendo la moralidad entre los habitantes y preparando a los catecúmenos. Se dedicó a la construcción de escuelas y verificó personalmente que hubiese maestros cualificados. Asimismo, construyó casas para acoger a los estudiantes más pobres, una para niños y otra para niñas. También acompañó a muchos huérfanos, preocupándose de que todos recibiesen una educación digna.

Por otra parte, parecía tener un don especial para alentar las vocaciones sacerdotales, hasta el punto de que al menos 70 sacerdotes provenían de las

parroquias donde trabajó el padre Miguel. Era un buen predicador. La gente se conmovía con lo que decía y recordaban sus enseñanzas. Él se mostraba duro sobre todo frente a algunas costumbres y supersticiones paganas y, aunque cuando no pudo erradicarlas por completo, sin embargo, logró debilitar los efectos sobre sus feligreses.

En la cúspide de las actividades pastorales, había percibido la belleza de la vida contemplativa. Con motivo de un día de retiro con el clero, el arzobispo Heerey expresó el deseo de que algunos de sus sacerdotes abrazasen la experiencia monástica, para después enriquecer a la diócesis con la semilla de la vida contemplativa. El padre Tansi sin vacilar se declaró dispuesto a poner en práctica personalmente la propuesta de su obispo, con el apoyo de su vicario parroquial, el padre Clement Ulogu. En julio de 1949 se contactó con la Abadía cisterciense del Monte San Bernardo, Leicester (Inglaterra), que aceptó acoger a los dos sacerdotes. El padre Miguel llegó al monasterio del Monte San Bernardo el 3 de julio de 1950 acompañado por el arzobispo Charles Heerey.

Bajo la acción del Espíritu Santo, el que había sido un auténtico pionero y «manager» en la joven iglesia misionera de la diócesis de Onitsha se adaptó, como un monje humilde y dócil, a esta nueva forma de vida. Abrazó la vida cotidiana austera y silenciosa de los trapenses, donde nadie, excepto el maestro de novicios, el padre Gregory Wareing, tenía idea del magnífico trabajo que había realizado como sacerdote. Uno de los recuerdos compartidos por quienes lo conocieron en el monasterio del Monte San Bernardo es la imagen de él rezando en la capilla de la Virgen, con la cabeza inclinada hacia un lado, como si estuviera escuchando a su Señor que le hablaba.

La idea original con la que los dos nigerianos habían ingresado en la comunidad era recibir formación en la vida monástica, con el objetivo de implantarla en Nigeria, pero pronto se hizo evidente la dificultad de crear una fundación con solo dos personas. Finalmente solicitaron ser admitidos libremente a la profesión en el monasterio del Monte San Bernardo y esperar hasta que la comunidad pudiera formar un grupo. En 1963 se decidió establecer una fundación en África, pero en Camerún y no en

Nigeria: fue un poco desagradable para el padre Miguel, pero él lo aceptó como la voluntad de Dios.

Cuando se nombró al grupo para la fundación en Camerún, el padre Miguel fue elegido como maestro de novicios: parecía la persona adecuada para formar las vocaciones africanas que nacerían. Los primeros cuatro fundadores salieron del monasterio del Monte San Bernardo el 28 de octubre de 1963 para preparar los edificios antes de la llegada de los nuevos integrantes del grupo, programada para la primavera del año siguiente. Pero el proyecto de Dios sobre el padre Miguel era otro, y no tardó en manifestarse.

En enero de 1964 sufrió un dolor agudo en una pierna, que se le hinchó enormemente. El médico diagnosticó una trombosis y sugirió su hospitalización. Ingresado urgentemente en la *Royal Infirmary* de Leicester, le diagnosticaron un aneurisma aórtico. Durante la noche empeoró, y en la mañana del 20 de enero de 1964, en la pobreza y en el abandono más radical, el padre Cipriano Miguel Iwene Tansi atravesó en silencio la última meta de su largo viaje de fe y de amor.

Cuando el proceso de canonización del padre Cipriano Miguel Iwene Tansi se abrió en la catedral de Onitsha el 22 de enero de 1986, veintidós años después de su muerte, con gran solemnidad y la participación de fieles de toda Nigeria, la Iglesia nigeriana ya había visto florecer algunas comunidades monásticas de vida contemplativa. Los restos del padre Miguel fueron exhumados en 1988 y regresaron a Onitsha. Durante las exequias, tuvo lugar la curación prodigiosa de la joven Philomina Emeka, de diecisiete años, que sufría de un tumor inoperable, a quien el obispo le había permitido acercarse y tocar el ataúd del padre Miguel Tansi. El milagro condujo a la beatificación, que tuvo lugar el 22 de marzo de 1998, celebrada por san Juan Pablo II.